

## Introducción

*Quien quiera conocer plenamente la vanidad humana no tiene más que examinar las causas y los efectos del amor. Su causa es un no sé qué (Corneille) y sus efectos son pavorosos. Ese no sé qué, aunque sepamos tan poco de él, remueve toda la tierra, los príncipes, los ejércitos, el mundo entero. La nariz de Cleopatra: de haber sido más corta, la faz de la tierra habría cambiado totalmente.*

Blaise Pascal

El nombre de Cleopatra se asocia ante todo a la imagen de una mujer muy hermosa y atractiva que fue amada por romanos notables y acabó suicidándose de una manera espectacular. Su figura está envuelta en la fascinación exótica del antiguo Egipto. El objetivo de este libro no es desterrar todo esto al reino de la fábula y, apelando a un desapasionamiento mal entendido, romper el hechizo de todas las circunstancias que atañen a Cleopatra de manera que sólo quede el gris dentro del gris de un supuesto espíritu científico.

Todas las afirmaciones que se hacen en este libro deben ser –y son– comprobadas objetivamente, pero también forma parte de la objetividad dar justa constancia de lo irracional, por ejemplo, del amor en el sentido al que alude el citado aforismo de Pascal. El amor también puede ser una fuerza histórica

si la constelación de los factores políticos es propicia, y con Cleopatra lo fue. Además, estos factores políticos fueron en su caso extraordinariamente variados, tanto que es una tarea en extremo difícil distinguir las dimensiones de su historia, entrelazadas de una manera muy compleja, y presentarlas en un relato correlativo.

Este libro pretende, por un lado, llevar a cabo esa tarea en tres fases. En la primera se establecen algunos fundamentos para el correcto entendimiento de lo que sucedió; en la segunda se narra la vida de Cleopatra por orden cronológico, y en la tercera se profundiza en determinados aspectos y contiene las conclusiones finales. Sobre todo en la sección narrativa hubo que tener presente que el curso de la Historia no sigue una línea recta. Sería pedante insistir en ello expresamente en cada ocasión, pero es preciso dejar claro ya desde el principio que los altibajos de tan dramáticos acontecimientos no sucedieron en absoluto como si no hubiera podido ser de otra manera. Por el contrario, una revolución, una nueva e imprevisible constelación siguió a otra y requirió nuevas decisiones. Sólo entonces es posible juzgar correctamente la vida y también la obra de Cleopatra.

Por otro lado, este libro aborda el hecho de que Cleopatra vivió en tres culturas, la egipcia, la griega y la romana, pero en cada una de ellas de un modo diferente. Se concede especial relevancia a la circunstancia de que fue reina de Egipto y por tanto perteneció a una tradición de tres mil años de antigüedad. Dado que la historia y la cultura egipcias ejercen una fascinación especial, confío en que los pasajes correspondientes no dejarán de reflejarlo, aunque sin exceder lo justificable. Roma desempeñó en la vida y en el destino de Cleopatra un papel decisivo, si bien en el libro se ha procurado contar todo en la medida en que guarde relación con ella, y evitar el peligro de hacer comentarios excesivamente extensos sobre acontecimientos de la historia romana.

Las actitudes de las fuentes discrepan de una manera asombrosa. La mayoría de los textos narrativos, y los más importan-

tes, no son contemporáneos: Plutarco, Apiano y Dión Casio escriben mucho tiempo después de los hechos; Dión incluso más de doscientos años después. Además muestran claros rasgos propios de la historiografía de los vencedores, lo cual en el caso de Cleopatra significa que la furibunda propaganda de Octavio –que poco después de su victoria se convirtió en el emperador Augusto– contra Cleopatra condiciona en gran medida las crónicas. Como, sin embargo, los textos no son homogéneos y también contienen opiniones divergentes y variantes, es posible, a pesar de todo, discernir y tener en cuenta tanto la autenticidad de las informaciones como sus rasgos propagandísticos.

Por otra parte, estamos en la situación inusualmente privilegiada de disponer de muchas fuentes contemporáneas completamente auténticas, gracias a la singularidad de Egipto. Además de las monedas, tan expresivas, contamos con numerosas inscripciones egipcias –jeroglíficas y demóticas–, entre ellas las que cubren las paredes de los templos y que no sólo atañen a cuestiones directamente religiosas. Los templos mismos son una fuente más, en especial para la dimensión egipcia de la historia de Cleopatra; y finalmente hay que añadir las esculturas, sobre todo las que constituyen representaciones de la propia Cleopatra y otros miembros de la clase dominante y que poseen una fuerza expresiva sin parangón.

Disponemos también de los papiros, documentos conservados en la arena seca del desierto o utilizados para envolver momias, desde edictos oficiales de alto nivel hasta textos totalmente privados. Nos abren perspectivas de la historia de Cleopatra que cuando menos completan, si es que no lo modifican, el cuadro que nos ofrecen las fuentes literarias. A pesar de ello, los textos literarios son imprescindibles, no sólo porque inscripciones, papiros y restos materiales a menudo contienen lagunas y resultan difíciles de interpretar, sino también porque la literatura relaciona los acontecimientos aislados, y proporciona una información sobre sucesos y circunstancias que es de una naturaleza totalmente distinta de lo que pueden ofrecer las inscripciones o los papiros.

Por su vivacidad y autenticidad, muchas fuentes se citan literalmente, desde luego traducidas –sólo algunas breves frases latinas irán también en su lengua original–, y en los textos en verso se ha tratado de respetar asimismo esta forma.